

Ideología de perfil

La señora tiene un bretel caído y su es-
pada oxida. Se la ve demacrada y la ven-
da en sus ojos se ha corrido y no puede
ver mejor. El perfil ideológico de la Justi-
cia tiene detalles más sabrosos pero no
trascienden por secreto del sumario. En
un país sin ideologías hay que entender
a estos informes como un estímulo al de-
sarrollo de la lectura y la palabra escrita.
Todo se escribe en la Argentina del ol-
vido. Historia y memoria son palabras de
otro idioma.

En los nuevos lenguajes asoma otra
nación. Bien, por ejemplo, se escribe mal;
no hay blanco ni negro, todos grises.
Sombras es Edén y cortes Edesur.

Un nuevo país. El rey está desnudo y
saluda a las modelos. El viejo juego del
gato y el ratón se juega todos los días, pe-
ro los gatos tienen forma de diputados y
practicar en las sesiones.

Juan Carlos Pumilla

El cielo y el infierno

Extendió sus dedos despaciosamen-
te hasta introducir el cuerpo de Cristo
en la boca del hombre que lo aguarda-
ba con semblante de recogimiento.
Hubo en el gesto una mezcla de respec-
to y forzada naturalidad. Las luces de
los vitrales semejaban ofrendas sobre
las dos figuras centrales del acto sa-
cramental.

Emociones. El sacerdote experi-
mentó una breve vacilación y colocó
su palma sobre la cabeza del hombre
que sumisamente la inclinó con los
codos entrecerrados. Ambos se sumer-
gieron en sus propias cavilaciones.
Uno pensó en lo insondable de los ca-

minos del Señor y el otro se abstrajo
en la sublime idea de la redención a
través de los deberes bien cumplidos.
El silencio en el templo era tan pro-
fundo que hasta el menor ruido exter-
no parecía irreverente.

El hombre arrodillado irguió lenta-
mente la cabeza y la mano que la cobi-
jaba se elevó para dibujar la señal que
labra el aire desde hace dos milenios.

Paz. A metros de allí transcurre la
vida terrenal pero aquí todo es paz. El
ritual siguió por senderos previsibles.
Luego, el hombre reiteró con laconico
gesto su agradecimiento dando final a
la austera ceremonia.

Juan Carlos Pumilla

Cuando caminaba con cierta mar-
cialidad, hacia los portales de entrada
enfundado en impecable traje color
gris, el sacerdote lo recordó en aquella
tarde de júbilo desbordante. Era otra
liturgia. Alto, delgado y con un atuen-
do similar celebraba el triunfo argen-
tino en el Mundial de 1978 con los
pulgarés hacia el cielo.

Fue, efectivamente una ceremonia
recatada. Tanto que no mereció nin-
guna atención en los programas de te-
levisión de esa noche, desvelados en
análisis las implicancias éticas del re-
cital de Madonna, la blasfemia.

La Argentina insolente

La propaganda se equivoca: para combatir el cólera
lo que hay que verter son dos gotitas de vino en da-
majana. El agua de Querétaro es el último recurso
contra la corrupción. La muerte, como el cartero, lla-
ma dos veces, ...y con manoplas. No, el que se equi-
vocó es Camus. La peste está aquí y ahora.

¿Podremos quitarle el pulmón a la esperanza? En
el país de abajo un jubilado responde, con una soga
en sus manos, que tiene todo para ganar porque no
tiene nada que perder. Desde el país de arriba le con-
testan que pobres habrá siempre.

Son dos argentinas. Milagros de la privatización, lo
que antes proveía el Batallón 601 ahora se consigue
en el Mercado Central.

En una se cumplen tres años del misterio de María
Soledad; en otra, se tardan minutos en encontrar la
tortuga del embajador. Para ellos fue un juego de ni-
ños, de Niños de Dios.

María y la tortuga. Si hasta parece el título de una
canción infantil. Dos caras de una Argentina insolente
que no tiene rubores. La dignidad adelgaza cuando el
hambre engorda.

Menos mal que se acerca octubre y todo va a cam-
biar.

Viene la primavera y crecerán brotes nuevos. Todo
parecerá un sueño, un invento de los diarios.

Hay que aguantar tan sólo unas semanas.

Ya lo dijo Alcaide: Todos los incurables tienen
cura cinco segundos antes de la muerte. En sus cuen-
tos peregrinos García Márquez relata que alguna vez
soñó su propio entierro. Iban, en el cortejo, todos sus
amigos juntos. La marcha era matizada con recuer-
dos, anécdotas, viejas historias. Al llegar a destino
sus compañeros comienzan a hacer planes para des-
pués del sepelio. El escritor, entonces, reclama parti-
cipar de esos nuevos encuentros, pero todos le res-
ponden que irán solos, que hasta allí solamente lo
acompañan. Y lo dejan.

No sabemos por qué mecanismo del pensamiento
nos parece que esta historia tiene que ver con la Ar-
gentina. Quizás, la comprensión de que es posible
aislar, dejar sola a la muerte y planificar juntos el futu-
ro.

Mientras tanto, tengamos confianza porque se
acerca octubre. Goyco no nos volverá a defraudar.

JUAN CARLOS PUMILLA

